

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

UN GRAN SILENCIO—Poemas. Por *Gerardo Valencia*—Ediciones Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, Colombia.

Poesía exigente, de calidad esta de Gerardo Valencia. Perteneció accidentalmente a la llamada generación de “Piedra y Cielo”. Pero no andaba en busca de la fama, ni de los laureles apolíneos. Valencia siente la poesía como una voz secreta, especie de pradera coronada de rocío y apenas hollada por unas zapatillas de cristal. En verdad el poeta tiene que poseer sus estancias interiores, sus largos laberintos, sus enigmas. La poesía no es un brillante juego de malabarismo, ni fruto de la intuición, ni hija mal habida de la bohemia cordial. Significa un testimonio con el tiempo en el cual se escribe. Testimoniar es, acaso, la verdadera misión del poeta. Hallar las resonancias entre las cosas. Y también las consonancias. No agotarse en el esfuerzo mercantilista del figuritismo, como lo hemos visto en otros poetas contemporáneos de Valencia.

Durante muchos años estuvo alejado de los acuerdos literarios, aquellos que dan o quitan la fama. No tenía prisa. Su acento lírico, de tan magníficas calidades, se fue madurando bajo la sombra del silencio. Allí donde el poeta se desnuda frente al mundo y padece su crucifixión. Para lograr esta especie de misticismo, el poeta tiene que descarnarse de adiposidades y relumbrones inútiles. Tiene que morder las frutas ácidas de la soledad. Y oírse a sí mismo. Sentir cómo crece la poesía por la sangre, cómo la alimenta con su substancia extraterrena. Gerardo Valencia se sometió a los grandes cilicios. No quería vol-

ver a la música de los linotipos, mientras antes la cosecha no estuviera pronta en su propia sangre. El poeta tiene sus signos y claves. Sus mordeduras interiores y mira melancólicamente el dragón del tiempo, tendido frente a su esperanza creativa.

Gerardo Valencia, es un poeta de la calidad de Mario Carvajal, Antonio Llanos y Gilberto Garrido. Por el acento, por la ternura, por esos mundos interiores suavemente afelpados de un musgo tierno y evocador. Este hermoso libro confirma todos los atributos líricos de Valencia. Su voz pura. Su rigor mental. Su desgarramiento y herida. Hizo muy bien el Instituto Caro y Cuervo, en editar la valiosa obra de Gerardo Valencia. Que tiene densidad y superficie. Volumen y gracia. Para gusto de nuestros lectores, transcribimos dos bellísimos poemas de este libro:

SONETO DE LA MUERTE

*Inútilmente cierro las ventanas
y el corazón alejo del oído:
la muerte viene, el aire la ha sentido
y vuelan, parpadeando, las campanas.*

*¡Ah! cuántas fueron mis pasiones vanas,
pues sin loguarte, vida, te he perdido;
sin haber a tus noches descendido
ni ascendido al azul de tus mañanas.*

*La muerte avanza, invade, salta, llega:
defiende, corazón, tu ritmo incierto:
vuélvete amor para evitar la entrega*

*que ni la risa, ni el placer han muerto
y tal vez halles en tu bruma ciega,
la desvelada claridad de un puerto.*

INTROSPECCION

*Toma la lámpara en tu mano
y baja al fondo de tí mismo.*

*El corazón, primera escala,
empapa en sangre tu camino.*

*Pero más hondo está la infancia
y su impreciso desatino.*

*Más bajo aún el pensamiento
de lo insondable del destino.*

*Y si descienes en la noche
al escalón de lo divino,*

*húmedas lozas entre fango
pueden llevarte hasta el abismo,*

*pero más hondo en lo infinito,
en donde cesa todo ritmo,*

*donde la sombra ya no existe
y te despojas de tu limo,*

*hay un impulso que te asciende
y que te enciende como un cirio.*

*Deja la lámpara, y aflora
sobre la tierra como un niño*

*que lleva a Dios en sus pupilas
y nada sabe de sí mismo.*

* * *

CARNET DE JUANCE—Imprenta del Departamento—Bucaramanga. Santander.

Tuvo Juan Cristóbal Martínez una vida metida hondo en los desfiladeros de la política. Como director del diario "El Deber", de Bucaramanga, cumplió desde esta alta tribuna del periodismo santandereano una admirable labor de crítica. Pero Juancé se daba entero en su *Carnet*, notas breves y nerviosas que escribía cada día para alimentar con ese pan del espíritu a sus numerosos lectores. Es cierto que es bien triste el destino de esa pajarilla de papel que confiamos todas las mañanas a los organilleros del viento. Ni siquiera en la noche, ya nuestras apreciaciones son noticia. Han pasado al cesto inútil, por que nuevas y voraces informaciones ahogan el trabajo de pensar para el público. Pero Juancé tuvo una asombrosa fidelidad por su *Carnet*. Se consubstanciaba con su vida, era su misma

sangre. Allí dejó en prosa sávida, sus impresiones de los hombres y las cosas. Había urgencia en escribirlo y entregarlo al linotipo que no da tregua.

Por esta razón muchas de las páginas de este ágil cronista se pierden en el tiempo porque abarcaron únicamente lo circunstancial, semejante al cuenco que formamos con las manos para aprisionar el agua de un río. Pero reunidos los *Carnets* en volumen, le hallamos todo su calor humano, su vibración y deslumbramiento. Era Juancé un escritor que atendía a muchos frentes periodísticos. Ya que en provincia no se tiene un equipo de periodistas especializados y muchas veces el director tiene que hacer desde el editorial hasta las ligeras notas sociales. Es la verdad que nos zurra y golpea. Juancé era definitivamente, por encima de toda otra consideración un fino humorista. Le sacaba a los hechos y a los hombres su viruta insignificante para dejarlos en su verdadera anatomía.

Despellejaba pero con un sarcarmo fino, de hombre que ve bien de cerca la cara de la muerte y nuestra propia insignificancia. Mucha historia de Santander está patente, viva, fielmente retratada en ese *Carnet* de Juancé, que era en verdad un espejo convexo que recogía las imágenes del mundo heteróclito, vano y vago que vivimos. Dirigió "El Deber" con ese magnífico escritor que fue Manuel Serrano Blanco. Fue aquella una tribuna del pensamiento, un hormiguar de ideas y de conceptos ácidos como los pedía el tiempo en que vivieron estos santandereanos ilustres. Tenemos que darle las gracias más fervientes a Roberto Harker Valdivieso, cuya diligencia hizo posible la publicación de esta obra magnífica. Es una forma, acaso la mejor, de honrar los valores de Santander.

* * *

LA CENTELLA Y EL ARBOL—Poemas y
cuentos—Por *Nicomedes Zuluaga Pocaterra*.

Venezuela ha sido a lo largo de su historia una nación fértil en valores literarios. En el siglo XIX se cultivaron las plantas del romanticismo y de un preciosismo tan pulido como un camafeo. Pero siempre hubo escritores que se interesaron por la problemática venezolana y se ocuparon de un mundo que, pal-

pitante y desconocido, yacía sin forma y sin esperanza. El frustramiento secular de que hablara Simón Bolívar, con su voz entera y su ojo nublado de apóstol.

Ahora soplan nuevos vientos en aquella tierra de embrujo y hechizo. Comienzan a aparecer, tímidamente, como se insinúa el alba, nuevas promesas literarias que aspiran, mediante una confrontación rigurosa, a dar su entera voz, sus personales preferencias, lo agudo de su sensibilidad. Nicomedes Zuluaga es uno de esos venezolanos jóvenes que empiezan a subir la dura cuesta de las letras. Porque la literatura, cuando es confrontación y padecimiento, no es un juego placentero, una forma de pasar el tiempo.

La literatura, en este tiempo de rebeliones tiene que cumplir su tarea de expresar los sentimientos del escritor frente a un mundo adverso, en el cual cambia diariamente la axiología de los valores. Zuluaga expresa en estos poemas y cuentos, su sentimiento intransferible, su mirada frente a las cosas, a las raíces, a los seres indefensos y menorválidos. Tiene fuerza su mensaje, aunque aún le falta madurez. La cual no se adquiere sino con el transcurso del tiempo, a medida que el hombre se compenetra con el universo y trata de interpretarlo.

Su desvelo de hombre joven asombra por la virtud de cultura que entraña su mensaje. Que es naturalmente matinal, primera salida hacia el mundo, después de la vela de armas. No encontrará el lector en estos poemas y cuentos, el punto esencial de templanza que solo se obtiene mediante una gimnasia cotidiana, un gran esfuerzo de superación de parte del escritor. Pero ya se adivina lo esencial en un escritor de la era contemporánea mirada que se detiene sobre el mundo. Amor por las criaturas y sus padecimientos, viril afecto por los nombres de la patria, lo cual es fundamental para situarse en la geografía de una hora en la cual es muy difícil echar raíces, mantenerse en vigilia.

Zuluaga tiene talento y lo demuestra en este libro. Ahora lo que necesita es aplicación a la faena, saber que el intelectual no puede ser ya espectador sino actor en el gran drama del mundo. Y los venezolanos que se dedican a la faena de las letras, saben que todo aquello que carezca de mensaje humano será mañana ceniza y viento de la memoria.

Algunos poemas están bien logrados. Porque expresan cabalmente lo que el escritor quiso interpretar. Otros, son aún balbucientes, ya que los caminos son muchos, y Zuluaga se encuentra perplejo. En la primera mañana de todo hombre que aspira a expresar su mundo y su circunstancia, como decía Ortega.

De todas formas, este joven escritor venezolano es una auténtica promesa para las letras del gran país hermano. Disciplina y ejercicio de la voluntad creadora, le pedimos a Nicomedes y Zuluaga. Que lo demás, o sea los frutos del espíritu, vendrán por la misma acequia por la cual hoy empieza a correr esta agua de sus poemas y cuentos, insurgencia nueva y sangre nueva de una Venezuela de hechizo.

* * *

UNA ESCUELA—Por *Agustín Nieto Caballero*—Bogotá, Colombia.

El fiel retrato del Gimnasio Moderno de Bogotá, orientado sabiamente por don Agustín Nieto Caballero, ha quedado más que grabado, iluminado en este libro. Pero no solamente la historia cotidiana de un plantel de tanta nombradía y merecida alcurnia, cuanto de una etapa de la enseñanza colombiana, que se asoma a estas páginas con sus hallazgos y frustraciones. Don Agustín, así llamado cariñosamente por sus discípulos, y que acaba de cumplir 80 años de siembra educativa, es en verdad un caso sorprendente por lo ejemplar de consagración a su tarea de educador. A tiempo que otros, cuántos profesores de ayer, torcieron por otros rumbos, acaso menos nobles, don Agustín ha permanecido incólume, en vigilia permanente al pie del claustro fundado por su laboriosidad.

Muchas veces se ha escrito que Colombia no saldrá nunca del subdesarrollo en que se encuentra, si no aspiramos a darle una educación sólida, activa, formativa a las nuevas generaciones colombianas. Es una verdad cerrada como un puño. Y don Agustín ha empuñado la bandera y jamás ha considerado que algo o alguien esté primero que cumplir con la juventud colombiana una tarea que él se ha impuesto con auténtico sacerdocio. Pero no solamente es un escrutador de la problemática nacio-

nal, sino que también es un escritor de altos quilates. Estos ensayos demuestran su madurez, pero también la riqueza de su estilo literario. No sabemos si los colombianos, atareados en agradecer a don Agustín, todo lo que ha hecho por las generaciones que han pasado bajo los pórticos del Gimnasio, se hayan dado cuenta del magnífico estilo de este sí verdadero escritor. Qué limpidez la de su prosa. Qué nitidez en los conceptos. Nada deja a la fértil imaginación la "loca de la Casa", como la llamaba Galdós. Todo es rigorismo cartesiano, abundancia de conceptos y vivo, penetrante, deslumbrante amor por la patria. Que no es para este varón de trabajos, una entelequia, ni un adular, ni el mundo bursátil, sino la herencia de los próceres y de su acontecer en lo dilatado de los tiempos.

Espléndido libro este que viene a enriquecer la ya copiosa bibliografía del insigne educador ante quien siempre nos hemos descubierto con el respeto que se merece su esencia creadora.